

# Vicente Quirarte

## Cartografía amorosa

Fabiola Camacho

Para una ciudad tan deseosa de expandirse cada día, de demostrarnos que ante todo, ella será siempre nuestra antecesora, el receptáculo de todos los mitos, de nuestros placeres y desgracias, no podía sino diseñarse una cartografía amorosa donde fuera traducido cada paso de todos quienes la hemos habitado. Participar de la conformación de esa memoria vertida en relatos y en testimonios de los solitarios que con su andar la desnudan y logran hacerse uno con sus esquinas, sus aparadores y callejones, es sin duda tarea solamente para iniciados. De aquellos cofrades que comprendieron el transcurrir del tiempo en esta dama, son pocos quienes le son fieles hasta el final de sus días. Y es que cada día representa en esta urbe una muerte, a veces pequeña y candorosa, a veces una fatal agonía, y parece que todos los que nacimos en ella llevamos la marca de la desolación y el placer al mismo tiempo en cada rutina, cada mujer, hombre y perro padecen las consecuencias de vivir sobre sus capas.

Pero no todos los días son verdadera desolación. Hay días tan lumínicos que parece que toda la ciudad mantiene la mirada de Velasco y, a pesar del humo de los camiones y autos, de los altavoces al ritmo de los narcocorridos y los olores que nos recuerdan el *detritus* sobre el que hemos edificado esta megalópolis, todo sucumbe ante el bálsamo que provee el tiempo de las jacarandas, el café con leche, el olor de los libros siempre viejos y el beso apasionado sobre la avenida Reforma. Esos son los instrumentos que nos hacen sobrevivirla. También amarla.

Como estilógrafo y compás al que el maestro arquitecto aún recurre para plañear el espacio ideal, Vicente Quirarte ape-

la a todos estos elementos que nos protegen de las inclemencias que presenta el tiempo urbano. Parece mentira que justo esos sinsabores son los que dan paso a los placeres, a las delicias cotidianas en este valle de polvo, porque ¿cuántos de nosotros no nos hemos enamorado una y mil veces en el metro o el camión? Todos padecemos el síndrome huertiano, todos nos volvemos cocodrilos y en nuestras fauces dibujamos, aunque sea de manera efímera, la marca de haber encontrado el paraíso. O acaso cuántos más no hemos sido dichosos bebiendo un café y disfrutando esos pedacitos de infancia que se recubren de azúcar y almendra, que se forman de mantequilla y huevo en cualquier café donde además quizá nos descubrimos en las manos del otro, donde incluso se dio paso para derrochar el resto de la tarde en el cuartito que siempre tiene un resguardo para los amantes que ya desde el primer sorbo de la mezcla, veracruzana o italiana, saben que su ropa acabará sobre la alfombra gastada y que serán ungidos, una vez más, con ese bálsamo breve, “como el amor”, y que sin embargo, no será de nadie más, de ninguno otro será ese jaboncito de hotel.

Cada uno de estos elementos son los que ayudan a fijar esa memoria amorosa que se traduce en una poética del deseo y la búsqueda, como también de la reafirmación. Hay que decirlo, para defender y sostener a esta dama es necesario agarrarse de manera firme a las dichas que hemos desplegado sobre sus calles y nichos, porque no sólo se sufre por las vulgarísimas tristezas que el trabajo, las obligaciones y el mal de amores nos ocasionan, también las condiciones de la ciudad nos hacen sufrir. Basta con decir que los animales de

ciudad somos una especie de rutinas sumamente marcadas, que no soportamos mucho los cambios de nuestro hábitat y que incluso en nuestra dieta se constata esa predilección por atesorar lugares donde paladear nuestra vasta selección que se desliza entre una buena torta, el chicharrón en salsa verde de la botana cantinera o, como Quirarte lo resume, el profundo placer que se vuelve dolor al recordar ese pato que se servía en el restaurante La Borda. Para nuestra especie, los recuerdos actúan como una defensa ante nuestra extinción, puesto que nos hacen asimilar con mayor fuerza y elegancia los cambios sobre el paisaje.

Toda una tradición de estos cofrades que han sabido retratar su amor profundo por esta dama y crean un tipo de armada invencible que nos protege a los moradores del centro y sus afueras contra el olvido y lo absurdo de vivir sin amar el entorno. Una armada confabulada por Gutiérrez Nájera, López Velarde, Micrós, y todas las plumas que Quirarte, como rito de paso para ser parte de esta cofradía, conjuntó en su pulcra y apasionante biografía literaria sobre la Ciudad de México, *Elogio de la calle*, en la que dejó ver que nosotros, al igual que los antiguos amantes, compartimos las mismas aflicciones y miedos ante los cambios.

En esta selección de textos que corren desde su poesía, pasando por la narrativa y la prosa ensayística, el niño cofrade nos acerca en *Fundada en el tiempo* a su autobiografía retratada en cada imagen y viñeta de la ciudad que él ha desnudado en innumerables noches; igualmente comparte las emociones y dolores de sus maestros y amigos que lo han acompañado en esta navegación aleatoria, sea Rubén Bonifaz, o el querido maestro de facultad que a él

y a José Franciso Conde Ortega los puso desde temprano tiempo en el destino que ahora cada uno despliega, pues fue César Rodríguez Chicharro quien comprendió la manera de templar a aquel par de jóvenes en la llama poética y hacer de cada uno los caballeros andantes que ahora siguen siendo.

En esta selección resulta evidente encontrar que un elemento constante son los cambios en la ciudad y la manera en cómo nos transforma, compartiendo esa mirada con uno de sus queridos cómplices y maestro Rubén Bonifaz Nuño, quien entonces decía:

En muy pocos años ha crecido mi ciudad. Se estira con violencia rumbo a todos lados; derriba, ocupa, se acomoda en todos los vacíos, levanta metálicos esqueletos que, cada vez más, ocultan el aire, y despierta calles y aparadores, se llena de largos automóviles sonoros y de limosneros de todas clases.

Un ejemplo claro es el texto “Nocturno del puente de Nonoalco”, donde queda manifiesto este espíritu de añoranza

ante las fracturas y nuevas dimensiones que su amada padece después de la década de los cincuenta, aunque hay que entender que esa añoranza en ambos escritores, o en la mayoría de los convocados por la pluma de Quirarte, no tiene que ver en sí con el miedo a la novedad, sino porque la ciudad y sus partes los resguardaron y aconsejaron ante los cambios que nos plantea la vida sin más. Esta es otra característica de los animales urbanos, pues es muy común que entre nuestros amores contemos además de amigos, padres, hermanos y amantes, a una calle, un puente o un bar porque ellos también están vivos, nos aman y los amamos.

Así, pienso en el enorme acierto de la Dirección de Literatura de la UNAM al publicar *Fundada en el tiempo*, porque es un libro que muchos lectores, con mayor acento jóvenes universitarios que deambulan por nuestra amante perpetua, necesitan para conocerla y contemplar desde los ojos de un gran enamorado de ella todo lo que es y puede ser para cada uno. Porque seguramente todos somos en algún momento Peter Parker, y para él como para todos, en el fondo sabemos que solamente la ciudad, a pesar del peligro, la injusticia y el sufrimiento, será la única que esté verdaderamente para nosotros.

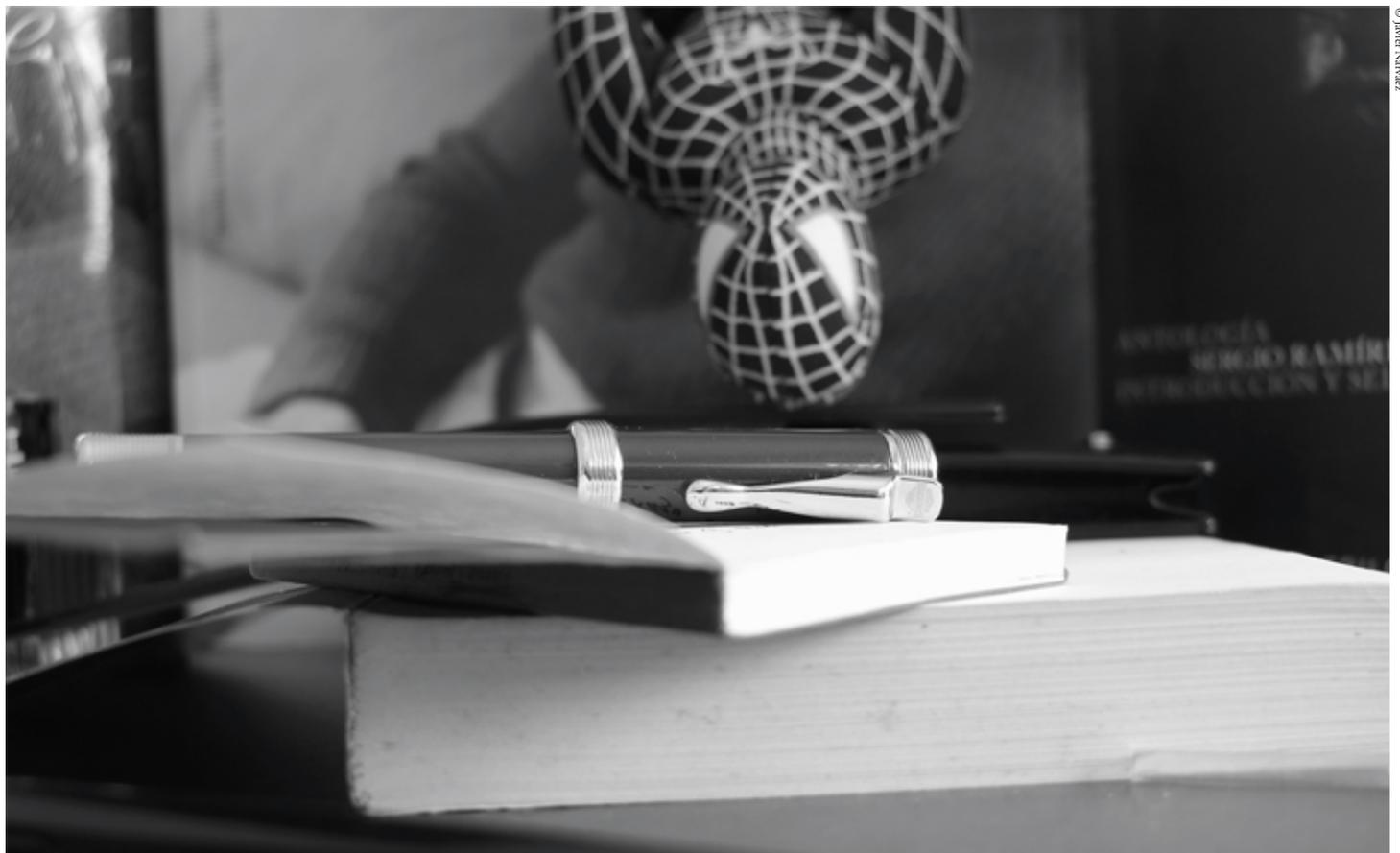
Al final, cada uno encarnamos la “Balada del que vuelve a casa”, donde a pesar de la constante derrota Quirarte señala: “Bajo este cielo sucio —cielo al fin— caminas en dos piernas, tomas posesión del pedazo de urbe que te toca, en esta zancada que apresuras ante la sombra ajena, y donde todo puede cesar en un segundo sin que nadie se entere. En esta noche donde eres la ciudad y la ciudad es contigo”.

La cartografía amorosa se vuelve entonces una memoria de cada momento donde hemos hecho nuestra a la ciudad, esa que sin reparo nos hace perdernos por sus curvaturas que decantan placer, por sus cuencas que cobijan nuestros padecimientos, por sus fracturas que nos hacen recordar nuestra finitud, pero sobre todo, por la marca que nos deja en nuestro nacimiento, esa que hasta nuestra muerte nos hará amarla, defenderla y caminarla, como cuando niños de la mano paterna comenzamos la lección de amor verdadero. **U**

La cartografía amorosa se vuelve entonces una memoria de cada momento donde hemos hecho nuestra a la ciudad, esa que sin reparo nos hace perdernos por sus curvaturas que decantan placer, por sus cuencas que cobijan nuestros padecimientos, por sus fracturas que nos hacen recordar nuestra finitud, pero sobre todo, por la marca que nos deja en nuestro nacimiento, esa que hasta nuestra muerte nos hará amarla, defenderla y caminarla, como cuando niños de la mano paterna comenzamos la lección de amor verdadero. **U**

---

Vicente Quirarte, *Fundada en el tiempo. Aires de varios instrumentos por la Ciudad de México*, UNAM/Dirección de Literatura, México, 2014, 234 pp.



© Javier Naranjo